

LA MESA SE TAMBALEA: LAS CIUDADES EN UN ORDEN MULTILATERAL VACILANTE

Ian Klaus

Investigador sénior, Chicago Council on Global Affairs

Durante los últimos años, las ciudades han ido mejorando tanto su capacidad para abordar los retos globales como su conocimiento de las fuerzas políticas y económicas que los originan. Las principales filantropías, empresas privadas, gobiernos nacionales e incluso las ciudades mismas han financiado con creces estas iniciativas. En ocasiones, esta campaña urbana, que ha operado simultáneamente en varias escalas (la ciudad, el estado-nación, la región, el mundo) se ha mostrado caótica. No tiene un líder, un *hub* o una estrategia clara, pero se ha extendido a lo largo y ancho de un cúmulo de redes, organizaciones no gubernamentales y grupos de actores. A pesar de ello, en la última década los actores urbanos han ido refinando cada vez más sus mensajes, objetivos y prácticas diplomáticas: ahora, los informes impulsados por los alcaldes rivalizan con los de las instituciones políticas y de investigación por su calidad, las cumbres de ciudades avanzan con el esplendor de los congresos de los partidos y el rigor cordial de las negociaciones diplomáticas, y se forjan alianzas entre los grupos de actores urbanos y los gobiernos más reputados, empresas y organizaciones internacionales. Ciertamente, esta campaña ha facilitado el diálogo político, lo que ha permitido a las ciudades establecer unos objetivos ambiciosos y avanzar de manera práctica en los ámbitos del cambio climático, la desigualdad económica y la gobernanza. Y, con ello, la campaña también ha procurado visibilizar las voces urbanas sobre asuntos globales, subrayar las soluciones urbanas a los retos globales y definir un papel para los actores urbanos en el establecimiento de las prioridades políticas globales.

A la práctica, estos avances han requerido que, al mismo tiempo que no perdían de vista las zonas urbanas, las organizaciones transnacionales centradas en las ciudades también han orientado sus actividades y políticas en torno a los principales acuerdos internacionales. Los profesionales de la diplomacia de ciudades y las iniciativas políticas en las redes de ciudades dominan el lenguaje del multilateralismo y tienen una buena comprensión de los principales acuerdos internacionales. Son expertos en lo global y en lo local, por así decirlo: tanto pueden conocer al alcalde de Medellín como a la secretaria ejecutiva de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático. Este conocimiento —y, en particular, su transformación en medidas políticas prácticas para las ciu-

Las ciudades han ido mejorando tanto su capacidad para abordar los retos globales como su conocimiento de las fuerzas políticas y económicas que los originan.

dades— no ha sido fácil de lograr, y refleja no solo el inmenso esfuerzo organizativo que ha permitido elevar a las ciudades al escenario global, sino también la infraestructura de capital y conocimiento humano que dichos esfuerzos han producido, y de los que estos mismos dependen.

Como parte de este esfuerzo en los diversos ámbitos de la implementación de políticas, la generación de conocimientos y la organización global, la panoplia de actores urbanos —desde alcaldes electos hasta representantes de la sociedad civil— han estado haciendo campaña para conseguir un lugar para las ciudades en la mesa internacional. En 2016, antes de la conferencia Hábitat III, el Grupo de Trabajo Global publicó una declaración política y diez recomendaciones que, si se ponían en práctica, ofrecerían un nuevo modelo de gobernanza global que, entre otros, elevaría el estatus de las voces globales (Grupo de Trabajo Global, 2016). La declaración, que abogaba por un lugar en la mesa global, obtuvo el apoyo de más de 500 alcaldes y representó un momento especialmente destacable de una campaña que ha adoptado varias formas y plataformas. Así, las ciudades y sus redes han asumido roles semiformales a través de los cuales traducen la investigación y los hallazgos de las organizaciones internacionales en material enfocado a la esfera urbana. Tanto urbanistas como expertos en el ámbito han asesorado al secretario general de las Naciones Unidas sobre cómo organizarse para abordar los asuntos urbanos. Las redes y las plataformas han continuado sus actuaciones de incidencia ante las organizaciones internacionales para que presten más atención a los asuntos urbanos y reformen las instituciones existentes de modo que reflejen el estatus específico de los alcaldes. A veces, sin embargo, el menú de un restaurante puede cambiar antes que a uno le llegue el turno para pedir. En otras palabras, mientras que los académicos, analistas y defensores de las políticas urbanas globales han centrado su atención en las organizaciones internacionales (las Naciones Unidas en particular), la codiciada mesa global se ha vuelto cada vez más inestable ante sus ojos. Y ello resulta particularmente evidente en la agenda global de desarrollo.

I. La mesa se tambalea

Entre 2015-2016, los estados miembros de las Naciones Unidas adoptaron cuatro documentos marco que, juntos, equivalían a una agenda internacional de desarrollo: el Marco de Sendái para la Reducción del Riesgo de Desastres 2015-2030; la Agenda de Acción de Adís Abeba; la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible (y sus 17 objetivos u ODS), adoptada en la sede neoyorquina de las Naciones Unidas durante la Semana de Alto Nivel; y, finalmente, la Nueva Agenda Urbana. Estos cuatro acuerdos, junto con el Acuerdo de París sobre el cambio climático, constituyen el núcleo de la agenda global tal y como existía a principios de 2017. Los cinco acuerdos, que son producto de centenares de reuniones, contribuciones de miles de expertos y actores y años de negociaciones, incluyen unos horizontes temporales amplios (Klaus y Singer, 2018). El Marco de Sendái, la Agenda de Adís Abeba y la Agenda 2030 apuntan explícitamente a 2030. La Nueva Agenda Urbana pretende ofrecer un marco para la urbanización hasta mitades de la década de 2030. Y, mientras que el Acuerdo de París llama a la acción «tan pronto como sea posible», también contiene objetivos que

se deberán conseguir «en la segunda mitad de este siglo». Ciertamente, la Agenda 2030 y el Acuerdo de París incluyen mecanismos de rendición de cuentas y evaluación a corto plazo y el segundo, además, añade un marco explícito para que los signatarios y la comunidad internacional revisen sus ambiciones y contribuciones a lo largo de su periodo de implementación. No obstante, fieles a la naturaleza estructural de los retos que deben abordar, la visión temporal de la agenda requiere décadas. En este sentido, la agenda tiene una importante carga histórica: no solo por los grandes desafíos de las temáticas que abordan, sino también por las expectativas generadas en torno a su relevancia, eficacia y legitimidad a largo plazo.

El horizonte a largo plazo de la agenda iba acompañado de una visión igualmente ambiciosa que pretendía permitir que un amplio abanico de actores contribuyera a conseguir los diferentes hitos. Tal y como han apuntado Samuel Moyn y muchos otros, el orden internacional sobre el que yace la agenda se ha sustentado históricamente sobre la primacía del estado-nación y su soberanía en dicho sistema. Tomen la Declaración Universal de Derechos Humanos, por ejemplo. De acuerdo con Moyn, la Declaración Universal «retiene, en lugar de reemplazar, la santidad de la nación» (2018:91). Además de ser un reflejo de la realidad geopolítica, la primacía otorgada a la nación reflejaba el convencimiento histórico, después de la Segunda Guerra Mundial, del papel beneficioso que podía jugar el estado en la realización de los derechos humanos en el propio país. Esta primacía sigue existiendo de muchos modos, pero en los últimos 30 años las Naciones Unidas se han abierto cada vez más a la colaboración con una amplia gama de actores y, de hecho, se apoyan

crecientemente en ellos. «De cara a las Naciones Unidas, tras el fin de la Guerra Fría los diferentes actores generaron nuevas formas de activismo», escribe Eugenie Birch (2018:6). En efecto, el número de ONG acreditadas en el sistema de las Naciones Unidas se expandió de unas 700 en 1990 a 4.500 a finales de la década de 2010 (Birch, 2018:5).

Este progreso histórico se reflejó en el desarrollo de cada uno de los cinco documentos marco mencionados anteriormente. No obstante, en ninguno de ellos la visión multiactor es tan evidente como en la Agenda 2030 y los ODS. La negociación displicente debía convertirse en una acción compartida, alentada por objetivos, informes, monitoreo y *marketing*. Cuando los estados miembros de las Naciones Unidas adoptaron la Agenda 2030 en 2015, los ODS se desplegaron a través de una iconografía simbólica y reconocible, a la par que fácilmente adaptable. El amarillo mostaza del ODS 2, el rojo intenso del ODS 4 y el mandarina fresco del ODS 11, junto con el resto de colores y símbolos, han encontrado su lugar en los omnipresentes pines de solapas, las camisetas de los escolares de Nueva York, las exposiciones de los museos y los productos del sector privado.

A medida que esta campaña de diplomacia pública multilateral se expandía por todo el mundo, los expertos y los diplomáticos desarrollaron y acordaron varias metas e indicadores con los que medir el progreso de los objetivos. El ODS 2 tiene ocho metas (entre las que se encuentra el «acceso de todas las personas [...] a una alimentación sana [y] nutritiva») y trece indicadores («prevalencia de la subalimentación», por ejemplo). El ODS 4 tiene diez metas y once indicadores. Los brillantes colores e

Al mismo tiempo que no perdían de vista las zonas urbanas, las organizaciones transnacionales centradas en las ciudades también han orientado sus actividades y políticas en torno a los principales acuerdos internacionales.

Mientras que los académicos, analistas y defensores de las políticas urbanas globales han centrado su atención en las organizaciones internacionales (las Naciones Unidas en particular), la codiciada mesa global se ha vuelto cada vez más inestable ante sus ojos.

iconografía, así como la accesibilidad de las metas y los indicadores han ayudado a asegurar que los ODS —producto de arcanas negociaciones en las Naciones Unidas— gozan de un amplio reconocimiento y atrac-

tivo. «Nuestros nuevos objetivos de desarrollo son ambiciosos», apuntó el entonces presidente Barack Obama (2015) durante la Semana de Alto Nivel de la Asamblea General de las Naciones Unidas en septiembre de 2015, «pero, gracias al trabajo de muchos de vosotros, se pueden conseguir... si trabajamos juntos». El presidente de los Estados Unidos se dirigía a un público formado por jefes de estado y ministros de asuntos exteriores y esperaba que las perspectivas nacionales se reconciliaran a favor de una acción colectiva que abordara los retos globales y alcanzara los objetivos comunes. Mientras que la agenda fue negociada por los estados miembros, cada uno de los cuatro acuerdos constitutivos, junto con el Acuerdo de París, subrayaban el rol que tienen los gobiernos locales, la sociedad civil y el sector privado en su implementación. Por decirlo de algún modo, se vendieron bien y la comunidad internacional apostó por sí misma para su consecución.

El «juntos» pronunciado por un esperanzado presidente se abría para abarcar a un amplio público. Pero, con tantos cambios en las políticas nacionales y la geopolítica, así como las crisis globales como el cambio climático y la pandemia de la COVID-19, ¿qué rol tiene la Agenda hoy en día? Algunos han buscado una salida hacia la derecha; otros, hacia la izquierda. Pero, mientras que cinco años después los pilares de dicha apertura siguen en su sitio, ya no está tan claro quién sigue apoyándola. El cambio más obvio que ha experimentado el apoyo a la Agenda ha tenido que ver con las renuncias por parte de gobiernos que, reproduciendo y alentando los resurgimientos nacionalistas, han apuntado a los acuerdos y al marco multilateral, más amplio —y que abarca temáticas desde el cambio climático hasta el comercio— como ataques a su soberanía. En 2017, Estados Unidos anunció su intención de retirarse del Acuerdo de París, lo que se hizo oficial en octubre de 2020. En 2018, Brasil anunció que abandonaba su compromiso de albergar la COP25 durante el año siguiente. Ambas decisiones fueron expresadas en términos nacionalistas: Pittsburgh antes que París, y estas cosas. María Fernanda Espinosa Garcés, presidenta del 73.º Período de Sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas, señaló que los detractores de la agenda y, de manera más amplia, del multilateralismo, «venden una visión insular del nacionalismo para ganar puntos políticos ante sus propios electores; se refieren a un momento indeterminado del pasado, cuando las cosas iban supuestamente mejor» (Garcés, 2019). Por definición, los resurgimientos nacionalistas no tienen por qué menoscabar el progreso de la agenda global. Las narrativas que permiten el progreso en los ámbitos del cambio climático y el desarrollo pueden formularse, y de hecho ya se han formulado, en términos nacionalistas o realistas, tal y como ha aducido recientemente Anatol Lieven (2020). Si el nacionalismo renaciente ha llegado para quedarse, un marco así será necesario.

Pero este giro nacionalista de la diplomacia multilateral y las organizaciones internacionales, a veces populista y a veces autoritario, es tan solo uno de los acontecimientos que han desafiado la viabilidad de la agenda. La estabilidad de la agenda está ahora bajo presión por otros motivos un tanto inesperados: los avances en la ciencia del clima, la economía y la política social que han señalado la necesidad

de fortalecer la ambición y los objetivos de la agenda. El ejemplo más paradigmático tuvo lugar en 2018 con la publicación del informe especial *Calentamiento global de 1,5 °C* del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático. El informe detallaba las consecuencias, enormemente diferentes, entre un mundo que sufra un calentamiento de 2 °C por encima de los niveles preindustriales y uno que experimente un calentamiento de 1,5 °C en todos los ámbitos: desde la biodiversidad hasta la salud y la pobreza. Mientras que el artículo 2.1.a) del Acuerdo de París es, ciertamente, coherente con los hallazgos del mencionado informe, la comunidad internacional se conmovió con las diferencias de impacto entre los dos niveles. Ello no significaba una desviación de París, sino más bien una corroboración de sus objetivos más ambiciosos. A pesar de ello, implícitamente también significa que las cifras superiores del Acuerdo de París no son lo debidamente ambiciosas como para enfrentar la crisis climática.

Y a todas estas tendencias se añade, evidentemente, la inminente crisis de la COVID-19. En octubre, Aromar Revi publicó una de las dos *Crónicas ONU* que daban respuesta al *Documento de políticas: La COVID-19 en un mundo urbano* del secretario general de las Naciones Unidas. En cuanto copresidente de la Red de Soluciones para el Desarrollo Sostenible de Naciones Unidas y autor principal encargado de la coordinación del informe especial *Calentamiento global de 1,5 °C*, Revi tiene experiencia en identificar cómo se puede conseguir lo difícil, pero compartió algunos cálculos sobre las implicaciones que tendrá la COVID-19 para los ODS y la imagen que mostró no auguraba nada positivo. El Fondo Monetario Internacional calculó una caída del 5 % del PIB global en 2020, los gobiernos locales experimentaron una reducción media de los ingresos de un 15-25 %, y en los primeros meses del confinamiento los trabajadores informales —que a menudo son urbanos y representan la amplia mayoría de trabajadores en los países de renta baja y media— perdieron hasta un 60 % de sus ingresos. Estos, junto con una miríada de otros efectos sociales, económicos y políticos derivados de la COVID-19, tienen repercusiones profundas para la capacidad de la comunidad global de conseguir la Agenda 2030 y los ODS. Según los cálculos de Revi, por lo menos 11 de los 17 ODS sufrieron importantes retrocesos en 2020. Cierren los ojos y lancen un dardo a la diana de los ODS que seguro que guardan en su despensa y muy probablemente le darán a una de las muchas historias desafiantes de 2020: la inseguridad alimentaria ha aumentado (ODS 2), el acceso a la educación se ha visto radicalmente interrumpido (ODS 4) y el transporte público se ha paralizado (ODS 11). Basándose en un análisis de Robin Naidoo y Brendan Fisher, el equipo editorial de la revista *Nature* concluyó, de manera razonable a la par que desconcertante, que «los investigadores tanto dentro como fuera de las Naciones Unidas se preguntan si los objetivos son aptos para la época pospandemia; la ambición de los objetivos nunca ha sido tan importante, pero hacen falta nuevas normas de pensar las mejores maneras para conseguirlos» (*Nature*, 2020).

Además de ser un reflejo de la realidad geopolítica, la primacía otorgada a la nación reflejaba el convencimiento histórico, después de la Segunda Guerra Mundial, del papel beneficioso que podía jugar el estado en la realización de los derechos humanos en el propio país.

II. Adaptaciones emergentes

Este es el estado, repentinamente flexible, aunque con algunos escollos, de la agenda global de desarrollo hacia finales de 2020. Desde que se adoptó y se desplegó rodeada de fanfarria en 2015 y 2016, sus compo-

Desde que se adoptó y se desplegó rodeada de fanfarria en 2015 y 2016, sus componentes más esenciales se han visto sometidos a presión por parte de los diplomáticos y líderes nacionalistas, y sus objetivos más visibles se han vuelto significativamente más difíciles de conseguir o han requerido una reconsideración.

nentes más esenciales se han visto sometidos a presión por parte de los diplomáticos y líderes nacionalistas, y sus objetivos más visibles se han vuelto significativamente más difíciles de conseguir o han requerido una reconsideración dado el surgimiento de nuevas investigaciones, ciencia y políticas. En su desarrollo, estos hechos tendrán consecuencias tanto para los actores como para el sistema internacional en cuya mesa han intentado conseguir un sitio. Para los actores en concreto, están surgiendo varias respuestas estratégicas.

En los últimos seis meses, se han ofrecido una serie de propuestas constructivas para repensar diferentes partes de la agenda. Es importante remarcar que dichas propuestas no necesariamente incluyen o implican que se reduzcan las ambiciones de la agenda. Pueden conllevar (y, de hecho, en algunos casos ya lo han hecho, especialmente en relación con la meta del 1,5 °C) una intensificación de las ambiciones relativas a la acción localizada. En su artículo publicado en la revista *Nature*, Naidoo y Fisher (2020) sostenían que el Foro Político de Alto Nivel «debe establecer unas pocas prioridades claras, no un bosque de metas, y debería considerar qué objetivos pueden conseguirse en un mundo menos conectado con una economía global aletargada». Jeffrey Sachs, Guido Schmidt-Traub y otros coautores, mientras que reconocen la interdependencia de los ODS, también han intentado identificar las transformaciones clave que se necesitan para conseguir cada uno de los objetivos de manera individual. A finales de 2019, escribían: «Los gobiernos necesitan una estrategia para diseñar e implementar intervenciones clave» (Sachs *et al.*, 2020:806). Más recientemente, en el extenso seguimiento que ha hecho de las respuestas de las ciudades y las zonas urbanas a la COVID-19, la OCDE ha subrayado que «las ciudades utilizan ahora los marcos políticos globales y facilitan su introducción como herramientas políticas, en lugar de como agendas de cumplimiento, que deben guiar el diseño y la implementación de sus estrategias de recuperación» (OCDE, 2020:38). En algunas ocasiones este cambio en el lenguaje puede perderse, pero no sucederá en el caso de los diplomáticos de las ciudades que han trabajado concienzudamente para desarrollar mecanismos de presentación de informes (los informes locales voluntarios) para cientos de ciudades de todo el mundo. En la negociación y en la práctica, los estados miembros han priorizado algunos objetivos y acuerdos. Pero alejarse de la agenda, usar los objetivos como guía en lugar de como parámetros de medición, u optar por priorizar solo algunos objetivos es un privilegio más fácilmente ejercitable por los actores no-estatales, incluyendo los gobiernos locales.

«Los acontecimientos, muchacho: los acontecimientos» es el famoso consejo que Harold Macmillan dio cuando le preguntaron qué determinaría la dirección de su gobierno. Es difícil no darse cuenta de hasta qué punto la doble pandemia de la injusticia social y la COVID-19 han informado la retórica y las posiciones políticas de los diferentes actores. Reducir las desigualdades económicas, en contraposición a aliviar la pobreza, nunca ha sido un objetivo central, o ni siquiera periférico, de las Naciones Unidas (Moyn, 2018). Y, aun así, cuando Naidoo, Fisher y el resto de miembros del equipo editorial de *Nature* sugirieron reformar los ODS, generaron un debate saludable acerca de la obsesión por el crecimiento. Al mismo tiempo, el Plan de los alcaldes del C40 para una recuperación verde y justa confiere un lugar protagónico a la

justicia ambiental y económica de una manera que probablemente no habría sido posible en 2015. Esta mayor atención a las desigualdades económicas va de la mano con un enfoque en la necesidad continuada de fortalecer la coordinación y las prácticas de gobernanza multinivel: «Como alcaldes», apunta el Pacto, «junto con nuestro personal y nuestros residentes, ya estamos construyendo una recuperación verde y justa. Llamamos a los gobiernos nacionales y regionales, bancos centrales e instituciones financieras internacionales a unirse a nosotros». Aunque no es particularmente nueva, ciudades de todo el mundo han puesto sobre la mesa la importancia de tal coordinación mientras afrontaban como podían la gran mayoría de los casos de COVID-19 identificados sin recibir un apoyo sistemático por parte de los gobiernos nacionales y las organizaciones internacionales. Del mismo modo que la conversación acerca de la gobernanza multinivel ha continuado, es posible que la que versa sobre la desigualdad también lo haga, sea enfocada en la justicia o en las nuevas agendas construidas en torno a los bienes comunes.

Finalmente, muchos observadores de las Naciones Unidas todavía ven la agenda como una herramienta política y normativa esencial, pero que no se puede implementar si no se reforman ampliamente las prácticas de gobernanza. Si los ODS están en riesgo, también lo está el sistema multilateral que los desarrolló y promocionó, y que ahora tiene un rol de liderazgo en su implementación y seguimiento. «La perspectiva de crisis futuras, más intensas y frecuentes a nivel global, como la pandemia de la COVID-19 o el comienzo de un cambio climático peligroso», escribía Revi (2020), «podría llevar a que muchas instituciones contemporáneas no adecuadas para sus fines se vuelvan irrelevantes o que las mareas de tormenta de la historia las arrasasen». La respuesta, según Revi y muchos otros que trabajan con las autoridades locales, debe ser estructural: «Existen muchas razones para que los gobiernos nacionales y el sistema de Naciones Unidas estudien una transición, con plazos determinados, hacia una situación en que los gobiernos locales y regionales tengan una mayor voz y agencia institucional. Es justo y racional y va en interés tanto de los ciudadanos como de todos los niveles de gobierno» (Revi, 2020). Según destacaron este año autores como Revi y organizaciones como Urban 20, esta voz y esta agencia necesitarían contar con el fortalecimiento de la capacidad financiera de las autoridades locales (Birch et al., 2020). A la práctica, esta posición adopta muchas de las prescripciones políticas que avanzaron las redes de ciudades y otros actores centrados en la gobernanza multinivel y la innovación financiera. No obstante, conlleva una dimensión retórica adicional: avisa de la nueva amenaza que afectará, si no tiene lugar esta evolución, no solo a las ciudades y los estados-nación sino, efectivamente, a la arquitectura internacional, más amplia, que surgió tras la Segunda Guerra Mundial.

Las autoridades locales han dado pasos significativos hacia la realización del Acuerdo de París y los ODS. No obstante, los enfoques multiactor, aunque sean resilientes, reciben el apoyo de capitales nacionales y no parece que puedan llenar completamente el vacío dejado por la renuncia de algunos estados miembros importantes. Al fin y al cabo, quien firmó los acuerdos que componen esta agenda más amplia fueron los estados-nación. Además, no hay duda de que dichos acuerdos priorizan a los estados-nación como actores clave para su realización. La letanía de fracasos políticos que llevaron a la crisis financiera mundial de 2007-2008 y

la asociada crisis del euro nos han dado una lección simple y perdurable: si la legitimidad ya es suficientemente difícil de mantener, todavía es más difícil de ganar. Si tan poco tiempo después de concebirla, la agenda ya ha perdido su legitimidad o relevancia, ¿quién va a confiar en la que venga después o en el sistema que la apoyó?

Referencias bibliográficas

Birch, E. «More than Window Dressing? Stakeholder and Participants in the UN Global Agreements on Sustainable Development», *Penn: Current Research on Sustainable Urban Development*, febrero de 2018.

Birch, E., Rodas, M. y Klaus, I. «Financing Cities' Recovery from Covid-19 and Preparing for Future Shocks», octubre de 2020 (en línea). [Fecha de consulta: 03.10.2020]: https://www.urban20riyadh.org/sites/default/files/2020-10/Financing%20Cities%27%20Recovery%20from%20Covid-19%20and%20Preparing%20for%20Future%20Shock_22102020.pdf.

C40. «C40 Mayors' Agenda for a Green and Just Recovery», junio de 2020 (en línea). [Fecha de consulta: 15.11.2020]: <https://c40.my.salesforce.com/sfc/p/#36000001Enhza/1Q000000kVoY/kuR1PLHMGR2K9eEbo8aivV.xPegZVTqwt.EjX.4a.hk>.

Garcés, M., «The United Nations in the Age of Nationalism: Making The UN Relevant To All: Statement by H. E. Mrs. María Fernanda Espinosa Garcés, President of the 73rd Session of the UN General Assembly», abril de 2019 (en línea). [Fecha de consulta: 10.09.2020]: <https://www.un.org/pga/73/2019/04/16/the-united-nations-in-the-age-of-nationalism-making-the-un-relevant-to-all/>.

Grupo de Trabajo Global. «A Seat at the Table», octubre de 2016 (en línea). [Fecha de consulta: 22.11.2020]: https://cdn.theatlantic.com/assets/media/files/a_seat_at_the_global_table.pdf.

Klaus, I. y Singer, R. «The United Nations: Local Authorities in Four Frameworks». *Penn: Current Research on Sustainable Urban Development*, febrero de 2018.

Lieven, A. *Climate Change and the Nation State: The Realist Case*. Nueva York: Oxford University Press, 2020.

Moyn, S. *The Last Utopia: Human Rights in History*. Cambridge: Harvard University Press, 2012.

Moyn, S. *Not Enough: Human Rights in an Unequal World*. Cambridge: Harvard University Press, 2018.

Naidoo, R. y Fisher, B. «Reset Sustainable Development Goals for a pandemic world», *Nature*, vol. 583, 2020, pp. 198-201.

Nature. «Time to revise the Sustainable Development Goals», editorial, vol. 583, 2020, pp. 331-332.

Obama, B. «Remarks By President Obama At Closing Session Of Sustainable Development Goals Summit», Oficina del Secretario de Prensa de la Casa Blanca, 27 de septiembre de 2015 (en línea). [Fecha de consulta: 21.12.2020]: <https://obamawhitehouse.archives.gov/the-press-office/2015/09/27/remarks-president-sustainable-development-goals>.

OCDE. «OECD Policy Responses to Coronavirus (COVID-19): City Policy Responses», julio de 2020 (en línea). [Fecha de consulta: 17.11.2020]

Revi, A. «Harnessing Urbanization to Accelerate SDG Implementation in a Post-COVID-19 World», *UN Chronicle*, 1 de octubre de 2020 (en línea). [Fecha de consulta: 02.10.2020]: <https://www.un.org/en/un-chronicle/harnessing-urbanization-accelerate-sdg-implementation-post-covid-19-world>.

Sachs, J., Schmidt-Traub, G., Mazzucato, M., Messner, D., Nakicenovic, N. y Rockström, J. Six Transformations to Achieve the Sustainable Development Goals (SDGs). *Nature Sustainability*, vol. 2, agosto de 2019, pp. 805-814.

Secretario General de las Naciones Unidas. «Policy Brief: COVID-19 in an Urban World», julio de 2020 (en línea). [Fecha de consulta: 02.10.2020]: https://www.un.org/sites/un2.un.org/files/sg_policy_brief_covid_urban_world_july_2020.pdf.

Watts, M. «Climate science tells us the 1.5°C is likely to become the most important number in human history» (en línea). [Fecha de consulta: 20.11.2020]: https://www.c40knowledgehub.org/s/article/Climate-science-tells-us-that-1-5-C-is-likely-to-become-the-most-important-number-in-human-history?language=en_US.

